



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-SEXTO

Italia, Suiza y otros Estados—Portugal—España

La política italiana había estado entregada, desde mil ochocientos ochenta y uno, á las rivalidades personales de los jefes de la izquierda; pero, á partir de mil ochocientos ochenta y siete, sobrepónese á todos el más ilustre de entre ellos, Crispi, que, por espacio de trece años, ya la dirige desde el gobierno, ya es causa de los rumbos que toma con las reacciones que provoca. No pudo elevarse Crispi á tanta altura sin crearse numerosos y apasionados enemigos, y sin despertar ardientes entusiasmos. Amigos y adversarios, sin embargo, han estado de acuerdo en ciertos puntos. Se ha reconocido universalmente su enérgica voluntad, sus audaces iniciativas, su autoridad y su talento; mas nadie ha osado defender las violencias de su carácter, sus intemperancias de lenguaje y los graves yerros de su conducta pública y privada. Hombre de lucha, antiguo revolucionario, creyente con creencia casi mística en la grandeza de Italia, los radicalismos de su programa le lanzaron del poder en mil ochocientos noventa y uno, se lo devolvieron en mil ochocientos noventa y tres y lo arrancaron definitivamente de sus manos tres años más tarde.

En su primer ministerio, se reservó no sólo la presidencia, sino las carteras de lo Interior y de *Asuntos Extranjeros*; hizo votar una ley concediendo á la corona el derecho de modificar las atribuciones ministeriales, y ejerció una especie de dictadura, de que sirvióse principalmente contra el Vaticano, los republicanos y socialistas, los abisinios y Francia. En mil ochocientos ochenta y nueve, presentó su dimisión, por no haber encontrado en las Cámaras sus proyectos de Hacienda todo el apoyo que deseaba; pero

trabajó para recibir el encargo de formar nuevo gabinete, «á fin de que no resultasen comprometidos por una votación parlamentaria los grandes intereses del Estado». En su segundo ministerio, persistió en la línea de conducta que se había trazado anteriormente, tanto en la cuestión romana como en la africana y la exterior. En Roma, no temió desafiar las iras del Vaticano, permitiendo inaugurar el monumento dedicado á Giordano Bruno. En Abisinia, se dejó arrastrar por los sucesos más allá de donde lo permitían los recursos de Italia, después de haber sostenido al rey de Choa, Menelik, contra el negus Johannés; de haberle ayudado á suceder á este último, imponiéndole, en el famoso tratado de Ucciali, el protectorado italiano; de erigir en colonia, bajo el nombre de Erithrea, la zona de ocupación militar, prolongada hasta Keren y Asmara, y de obtener del sultán de Oppia y del sultán de los Somalis el reconocimiento, á favor de su patria, de derechos importantes en una extensión considerable del Océano indico. Respecto de Francia, parecía vacilar entre sentimientos contrarios: por una parte, le demostraba su buena voluntad aboliendo las tarifas diferenciales que gravaban los artículos franceses, enviando la escuadra italiana á saludar á Carnot en Tolón y diciendo, en un discurso, «que no se concebía ni era posible concebir á Europa sin la misión de Francia»; pero, por otra, creyérasele empeñado en justificar su reputación de galófono, viéndole levantar fortificaciones en los Alpes y aumentar de improviso el presupuesto de Guerra, mientras consentía que la prensa oficiosa representase á la República pronta á la agresión. En lo tocante á Alemania, multiplicaba sus pruebas de amistad. En fin, en sus relaciones con Austria, para tener contento al gobierno de Viena, sofocó duramente, olvidando su historia revolucionaria, las manifestaciones del *irredentismo*.

La política de Crispi, tan absoluta en sus principios como autoritaria en sus procedimientos, atrajo sobre su autor odios y recriminaciones: sobre todo, los partidos avanzados la combatieron con creciente energía. Para consolidar su posición, el político siciliano hizo disolver la Cámara de diputados y las nuevas elecciones enviaron á la asamblea una abrumadora mayoría favorable á su persona. Estaba, pues, más confiado que nunca en su fuerza cuando, de pronto, un incidente parlamentario le arrojó bruscamente del poder. Discutiáse un artículo del presupuesto, y Crispi, intemperante y violento como de costumbre, reprochó á su adversario haber formado parte, en el bienio de mil ochocientos setenta y cuatro á mil ochocientos setenta y seis, de una administración «servil con el extranjero». Estas palabras causaron malísimo efecto; pero el jefe del gabinete, en vez de procurar atenuar su alcance, se lo dió aún mayor, añadiendo: «El voto que váis á emitir (se dirigía á los diputados), dirá á las naciones si Italia quiere tener un gobierno fuerte, ó si desea volver á esos otros cuyas vacilaciones é incertidumbres han producido el descrédito de nuestro país.» Abandonado por el centro y la derecha de la Cámara, Crispi se retiró del poder en Enero de mil ochocientos noventa y uno.

Sucedióle el marqués de Rudini, que resumió su política en los siguientes términos: «Economías, nada de aventuras en Africa, amistad con todas las potencias, mantenimiento de la triple alianza». Fiel á este programa, introdujo en el presupuesto una rebaja de treinta y nueve millones, que recayó en gran parte en los gastos militares; afirmó su deseo de hacer respetar la ley de garantías; renunció á la política de expansión en el continente africano, declarando circunscripta la acción italiana al triángulo Massuah-Asmara-Keren, y reiteró la adhesión de su patria al pacto austro-alemán, aunque insistiendo en el carácter pacífico y defensivo de la alianza. Esta conducta prudente y conciliadora no valió al gabinete Rudini el apoyo de una mayoría unida y resuelta en el parlamento, ni le ganó popularidad duradera en el país, seducido, aun á su pesar, por las deslumbradoras perspectivas que le hiciera entrever el gobierno precedente. Así es que su duración fué escasa: la eterna cuestión económica cavó su sepultura, y en Mayo de mil ochocientos noventa y dos fué reemplazado por el ministerio Giolitti.

Gozaba éste reputación de hábil político y hacendista de mérito. Por desgracia, su mando coincidió con una crisis económica y parlamentaria muy aguda, cuya responsabilidad cayó sobre él, y su paso por el poder señalóse únicamente por una serie interminable de escándalos, torpezas y calamidades públicas. Giolitti disolvió la Cámara de diputados, que sucesivamente había sostenido y derrotado á Crispi y á Rudini. El voto de los comicios pareció augurarle larga vida. Sin embargo, el escándalo que á los dos meses sobrevino, le impidió aprovecharse del triunfo que acababa de obtener. Una comisión nombrada para examinar los abusos cometidos por los bancos de crédito, descubrió que el romano había hecho una emisión ilegal de billetes, por valor de sesenta y cinco millones de liras, y prestado dinero, sin garantía, á varios diputados y funcionarios: estas revelaciones demostraron que Italia tenía también su Panamá. En lugar de tranquilizar á la opinión pública con medidas prontas y enérgicas, el gobierno no sintió sino al cabo de tres meses, y como de mala gana, en el nombramiento de otra comisión parlamentaria informadora, compuesta de siete individuos. Casi al mismo tiempo, los asuntos exteriores tomaron un cariz bastante malo: las relaciones de Italia con Francia, poco cordiales desde el viaje del rey Humberto á Berlín y el del emperador Guillermo á Roma, se enfriaron aun más, á consecuencia de haber ido el príncipe de Nápoles á Metz, para asistir á las grandes maniobras militares alemanas, y del grave conflicto ocurrido entre obreros franceses é italianos en Aguas Muertas, que provocó contra-manifestaciones en Roma. En la Bolsa de París se inició una ruda campaña contra los valores italianos; los fondos de este país descendieron á setenta y ocho francos, y el descuento se elevó á diez y seis por ciento. No pocos bancos debieron suspender sus operaciones, y las transacciones mercantiles se resintieron del malestar económico. Para colmo de males, Sicilia era teatro de sorda agitación, motivada por el peso insoportable

y el injusto reparto de los impuestos municipales. Los espíritus eran presa de indecible angustia, precisamente cuando la comisión parlamentaria de los *siete* presentó su informe. Según este, el presidente del Consejo era culpable, lo mismo que sus predecesores, cuando menos de negligencia; y sin acusar á los diputados de haberse dejado corromper, «deploraba» y «desaprobaba las faltas de delicadeza en que habían incurrido algunos de ellos», y, sobre todo, del Vecchio, amigo de Giolitti, y el ministro de Comercio, Lacava. El gabinete entregó su dimisión al monarca.

No habiendo dado resultado una combinación Zanardelli, todos pusieron sus ojos en Crispi. Sus mismos defectos estimáronse como una ventaja; además, las declaraciones pacíficas que recientemente había hecho en Palermo y en Cuarto, se interpretaban por la opinión como fruto saludable de su experiencia. El rey, pues, confióle otra vez la dirección de los negocios públicos. Sus primeras palabras en las Cámaras fueron muy notables. «Hemos recibido el poder, dijo, en circunstancias en que la situación es más crítica que nunca. Las dificultades que deberemos superar son inmensas, y para vencerlas, tenemos necesidad de la colaboración de todos, sin distinción de partidos. A este fin, os pido que aceptemos la *tregua de Dios*. Cuando hayamos restaurado la fortuna de Italia, cada uno tornará á su puesto. Luchar hoy unos contra otros sería un crimen. La obra que acometemos es la más ardua de cuantas han requerido nuestros esfuerzos desde que existe la unidad». En Sicilia, durante el interregno ministerial, el pueblo, en armas, había quemado las casillas de los consumos, saqueado las cajas municipales y maltratado á los agentes del fisco; y en el norte de Italia, en la Lunigiana, también habían venido á las manos los gendarmes y los habitantes. Crispi no se anduvo en contemplaciones, y restableció el orden en todas partes, apelando á las medidas más rigurosas. Enseguida dedicó su atención á la Hacienda, cuyo estado era tristísimo. El presupuesto de mil ochocientos noventa y cuatro á mil ochocientos noventa y cinco se había saldado con un déficit de ciento setenta y siete millones de liras; el gobierno pidió cien millones más, proponiendo nuevos impuestos, y plenos poderes durante un año para simplificar la administración y disminuir su costo. Sus proyectos no se aceptaron íntegramente; mas, á pesar de ello, al año siguiente el déficit bajó á setenta y nueve millones, los gastos se redujeron en treinta y los ingresos aumentaron en ciento. Orguloso con estos resultados, revolvióse Crispi contra los republicanos y socialistas, que confundió, procediendo con notoria mala fe, con los fanáticos del anarquismo. Encontrando alguna resistencia en la Cámara de diputados, obtuvo su disolución, y el cuerpo electoral se mostró con él tan complaciente como antes con sus predecesores. Su autoridad moral crecía; consolidábase su reputación de hombre necesario, y sus mismos enemigos confesaban que había en sus actos más medida y moderación que la vez anterior. No obstante, la transformación no era completa, y pronto se echó de ver. Soltando el freno á su ambición en las empresas coloniales, extendió la

zona ocupada en Africa hasta Kassala, al Oeste, hasta Adua, al Sudoeste. El negus Menelik acudió al peligro con todas sus fuerzas: el siete de Diciembre de mil ochocientos noventa y cinco, destruyó un destacamento italiano en Amba-Alagi; al mes siguiente, apoderóse de Makallé y aplastó en Abbagarima el ejército del general Baratieri, que perdió cinco mil hombres, de diez mil que llevaba. Este desastre, comparable al de una gran derrota sufrida en Europa, concitó las iras de la opinión pública contra el ministro que no había sabido preverlo ni evitarlo. El cinco de Marzo, Crispi dejaba el poder.

Hacía falta un hombre de ideas templadas que inspirase confianza al país, y el rey llamó á Rudini, que conservó la presidencia del gabinete hasta Junio de mil ochocientos noventa y ocho, no sin tener que resolver en el intermedio tres crisis parciales. Lo primero que hizo fué buscar salida á la aventura de África. Proporcionóse, pues, recursos, levantando un empréstito para continuar la guerra el tiempo puramente indispensable, y auxiliado por una hábil campaña del general Baldisera, pudo preparar una paz honrosa, que se ajustó en el mes de Octubre, é Italia renunció á su protectorado de Etiopía y abandonó el Tigré, aceptando como frontera de su colonia la línea Marel-Belesa-Muna; en cambio, obtuvo la libertad de sus soldados prisioneros. El ministerio Rudini prosiguió su obra reparadora: el general Ricotti presentó en las Cámaras un proyecto de reorganización del ejército; Sicilia fué puesta bajo el mando de un comisario real, encargado de estudiar é implantar en la isla las reformas sociales necesarias, y Visconti-Venosta, que regía el departamento de Asuntos extranjeros, se aplicó á mejorar el estado de las relaciones con Francia. La patriótica labor del gobierno fué interrumpida bruscamente por los trágicos sucesos de Milán. En Mayo de mil ochocientos noventa y ocho, la subida del precio del pan provocó en esta ciudad desórdenes terribles, á que la ingerencia del elemento socialista dió color político: centenares de soldados y de obreros perecieron. El gabinete se retiró, reemplazándole otro, presidido por Pelloux, que seguía al frente de los negocios al expirar el siglo.

Apreciada en su conjunto, la historia de Italia, desde mil ochocientos setenta, presenta tres fases distintas. Hasta mil ochocientos ochenta y uno, la joven monarquía consagra sus esfuerzos á completar y consolidar su unidad; á partir de dicha fecha, su empeño es colocarse al nivel de las primeras potencias de Europa; con la caída de Crispi en mil ochocientos noventa y seis, parece abrirse un nuevo período, en que Italia, afanándose por combinar las dos políticas que ha seguido en los anteriores, procura no perder el fruto de los sacrificios que consintió durante el segundo, pero modera sus proyectos de expansión colonial, trata de reorganizar su Hacienda y aspira á vivir en paz con todos sus vecinos. Desde hace unos años, el déficit ha desaparecido de sus presupuestos; sin embargo, todavía la normalidad de su situación económica está á merced de cualquier incidente. Mas aun suponiendo resuelta esta cuestión, queda la moral, que es más grave

y más difícil de resolver. Azeglio la planteó en estos términos: «Ya tenemos Italia; hay que formar los italianos». La indiferencia política y el estrecho espíritu de localidad paralizan la acción del cuerpo social, no viéndose que el mal tenga remedio á no ser por el desenvolvimiento de la instrucción y el transcurso del tiempo.

Dejamos á Suiza en el momento de haber reformado su constitución en mil ochocientos setenta y cuatro. El tribunal federal, ya permanente, se nombró el veintidós de Diciembre de dicho año: el número de sus individuos debía aumentar por virtud de nuevas modificaciones. En cuanto al Consejo federal, elegido en la misma época, desplegó creciente actividad legislativa. El *referéndum* rechazó algunos proyectos; sin duda, se legislaba demasiado. El período de mil ochocientos setenta y cuatro á mil ochocientos noventa y cuatro contribuyó á elevar el crédito de Suiza en el extranjero; tal vez no pueda decirse otro tanto del siguiente, y aun en aquel surgieron no pocas dificultades, todas de carácter político. En el interior del país, no cesó un punto la perturbación en el cantón del Tesino. Ejerciendo el poder el partido conservador, bajo la presidencia del consejero de Estado, Respini, su sentido autoritario y clerical arrancó vivas protestas á los radicales, que se quejaron especialmente de que se restringiera el derecho de sufragio. En Stabio se produjo un conflicto entre los dos partidos, siguiéndose un largo proceso, que acabó con la absolución general de todos los detenidos. El Consejo federal intervino entonces, por la vía pacífica, para conseguir un reparto más justo de los distritos electorales y una nueva organización diocesana. En mil ochocientos ochenta y nueve hubo elecciones: triunfaron los conservadores, y los radicales pusieron en tela de juicio el fallo de los comicios. El once de Septiembre de mil ochocientos noventa, el partido radical apeló á la fuerza en Bellinzona y en Lugano, apoderándose del gobierno: en la lucha murió el joven consejero de Estado, Rossi. Respini no pudo recobrar su autoridad. El Consejo federal hizo ocupar militarmente el territorio; pero el proceso incoado terminó como el anterior. Para restablecer la paz, instituyóse un gobierno mixto, según el sistema de la representación proporcional.

En lo exterior, Suiza se ha visto en compromisos y apuros, nacidos del derecho de asilo, escollo de la seguridad nacional. La conducta de los nihilistas y anarquistas, refugiados allí en gran número, motivó reclamaciones por parte de otras potencias, y el Consejo federal tuvo que someterse á la imperiosa ley de las circunstancias. En mil ochocientos setenta y ocho, suprimió el periódico revolucionario la *Avant-Garde*, impreso en Neuchatel; en mil ochocientos ochenta y uno, expulsó del territorio al agitador ruso Krotpokine; en mil ochocientos ochenta y cinco, hizo objeto de la misma medida á muchos anarquistas; en mil ochocientos ochenta y ocho, adoptó igual procedimiento con los redactores del *Sozial Democrat*, que se publicaba en Zurich. Justo es decir, sin embargo, que, en prueba de firmeza, no vaciló tampoco en lanzar del país á un agente